



literario. Pensé que a lo que más se parecía entonces era a un insumiso situado en esa cuerda floja que enlaza la anarquía con la inocencia. No me defraudó cuando lo conocí; al revés, me proporcionó un buen acopio de seducciones adicionales, mayormente situadas entre la inteligencia y la extravagancia.

El hecho de que Ory fuera paisano mío y hubiese estudiado, como yo, primero en los Marianistas y luego en la Escuela Náutica, estableció también un vínculo inicial que no necesitaba de mayores acomodos. Un día, ya en Madrid, me mostró en su habitación de estudiante pobre un montón de carpetas y cuadernos que había sobre una mesa, aclarándome que su obra, en especial sus diarios, ocupaban ya unos doce volúmenes. Yo debí sentir entonces que el peso mayúsculo de esa producción me hundía en un abrumador sentimiento de principiante.

Los modales y hasta el atuendo de Ory se diferenciaban adecuadamente de los de aquella tribu de poetas bautizados con el inmerecido marbete de garcilasistas. Era aquella una generación de gentes oriundas del bando de los vencedores, excombatientes franquistas en su mayoría, aunque entre ellos también se solapara algún que otro republicano. Un censo triste desplazándose por un escenario menesteroso y como moteado de recelo, de mediocridad. En el primer tomo de mis memorias evoqué algo de todo eso, pero no sé si aquellos recuerdos acumulados eran razonablemente fiables o me los inventé más o menos sobre la marcha por inducciones textuales. Claro que, a efectos literarios, eso daba igual.

Ory fue en puridad el creador del postismo, pero él no parecía muy entusiasmado con la idea de recordar nada de eso. En un tiempo hostil, asfixiado de consignas posbélicas, de graves anemias culturales, el postismo fue una estimulante propuesta estética. Se oponía a los modelos formalistas vigentes, a la temática amorosa-religiosa de cortos vuelos, y eso otorgaba al poeta una peculiar imagen de abanderado de la transgresión, una especie de saludable militancia entre los insubordinados a tiempo completo. Y ya se sabe que la literatura más duradera remite de muchos modos a los desobedientes, a quienes se enfrentan sin más a las normativas y credos al uso. Pero junto a lo que todo eso pudo tener de pirueta del ingenio, de mera gimnasia imaginativa, habría que evocar el estricto programa estético de Ory, su sentido sacralizado de la creación poética.

En los años en que yo empecé a tratarlo, Ory ya había conseguido cierto renombre gracias a su desdén por los formulismos sociales, a sus desacatos



*Ory y Caballero Bonald en Jerez (2009). Fotografía de Ana R. Tenorio*

humanos y literarios. Y todo ello contando con que a veces se dejase querer por los mismos que aparentemente lo zaherían. Sea como fuere, el programa postista suponía, aunque sólo fuera en razón de esa desobediencia antes subrayada, un ejemplo de considerable dinamismo creador. Ciertamente tenía algo de lucimiento artificioso, de automatismo verbal más o menos derivado del dadaísmo, pero aportaba en aquel clima poético tan tedioso una excepción muy llamativa.

El mismo Ory se refiere a cierta actividad pública del postismo como a una “cabriola de tipo edmundiano”. Solía utilizar con frecuencia significativa semejante vocabulario, incluidos los neologismos. Pero al lado de esos propósitos más bien pueriles, muy adecuados para incomodar a biempensantes, resulta inevitable reiterar la solvencia, el rigor del trabajo literario de Ory, su concepto del oficio de poeta, esa tendencia a encerrarse a escribir con la dedicación fervorosa de un visionario.

Carlos Edmundo de Ory es en sentido literal un arquetipo. Su obra supone un notable paradigma de vitalidad creadora, de estrategia independiente frente a cualquier precepto literario de curso legal, defendiendo en todo momento lo que el ejercicio de la literatura tiene de aventura, de búsqueda de normativas no coincidentes con los patrones de más habitual divulgación. De ahí, de ese afán de búsquedas excepcionales, surgió consecuentemente el postismo. Sin duda que todo eso ha sido a medias tolerado, pero siempre se tiene la impresión de que hay como un reconocimiento complaciente, como la aceptación no siempre veraz de unas innovaciones estéticas a todas luces relevantes, pero en cierto modo incómodas.

La poesía de Ory -*Técnica y llanto, Poesía abierta, Lee sin temor, Miserable ternura, Melos melancolía...* -se atiene mayormente, al margen de los altibajos estéticos del postismo, a unas muy concretas pautas de conducta: las que defienden que la poesía es antes que nada una construcción verbal, un artefacto donde las palabras de uso común se trasmutan en palabras recién alumbradas. Y esas palabras, esas imágenes sobrevenidas, incluso atendiendo a su estricto valor fónico, crean una realidad nueva, un rango poético de innovadora significación.

Ory descoyunta el idioma, busca la sorpresa, supedita la lógica a la intuición, la ornamentación verbal al juego de espejos imaginativos. Pero todo eso, con ser suficiente, no basta para calificar la poesía de Ory, o al menos esas zonas aclimatadas -digamos- dentro de lo que podría llamarse la “poética oscura” de la memoria. Decía Pere Gimferrer en el prólogo a *Melos melancolía* (1999): “¿Quieres saber qué es la poesía? Uno de los caminos más rápidos es leer a Carlos Edmundo de Ory”. La conclusión es desde luego arriesgada, pero en ningún caso desmedida. Es posible que algunos tramos de su obra poética puedan ser considerados accesorios o atrabiliarios, aunque será difícil no calificarlos en general de seductores.

En el corpus general de la obra de Ory tienen una manifiesta relevancia los relatos -*Kikirikí Mangó, Una exhibición peligrosa, Basuras...*-, así como los *Aerolitos* -textos breves más e menos situados entre la reflexión filosófica y el ingenio aforístico-, entre cuyos hallazgos formales y léxicos se filtra de manera indubitable la modulación poética, el poderoso mecanismo operativo de una preocupación verbal de la que en ningún caso se desentiende el autor. Otro sector eminente de su obra lo ocupan los *Diarios*, de los que se publicaron diversos fragmentos. Escribió profusamente, con irregular asiduidad, un muy copioso repertorio de

textos donde el autor vierte, no ya sus volubles andanzas cotidianas, sino sus reflexiones generales, sus ideas literarias, sus razonamientos estéticos. Lo más atrayente es sin duda esa acumulativa y con frecuencia desgarrada y no siempre ecuánime introspección. Dice Ory, por ejemplo, recién iniciada su producción diarística: “Soy el gran constructor de destrucciones”, y algo más adelante, con una autoestima más matizada, pero de rigurosa aplicación a su poética: “Mis enemigos son la razón y la lógica...”.

No se equivocaba ciertamente Ory en esa especie de autocrítica, que tal vez acentuara, a modo de burocrática contrapartida, las displicencias predecibles, los deliberados olvidos a que lo sometió la sociedad literaria española más convencional, más inmovilista. Pero al poeta no pareció afectarlo para nada esa episódica y académica necesidad. Aislado en su retiro francés de Thézy-Glimont, prosiguió ejercitándose en el cultivo de una obra a todas luces singular, modélica en más de un sentido, sin dejar nunca de dar testimonio de sus exploraciones por los más intrincados parajes de la experiencia poética. Algo que no podrá nunca ser soslayado en ninguna historia crítica de la poesía española.